

PRECIOS DE SUSCRICION.

	En el Año.	Por semestre.
En Madrid un mes.....	12 rs.	12 fr.
En provincias, tres meses...	54	60
— seis meses.....	104	120
— un año.....	200	240
En el extranjero, tres meses...	60	70
En Ultramar.....	80	90

Todos los pedidos vendrán acompañados de su importe, sirviéndose al efecto de letras, libranzas del Giro del Tesoro, ó sellos del franqueo, pero certificando las cartas en este último caso, á fin de evitar extravíos.

LA ESPERANZA,

PERIODICO MONARQUICO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en las oficinas de este periódico, calle de Melones, antes del P. n.º 2.
 En las provincias, dirigiéndose en carta al Administrador del periódico, ó por medio de los comisionados del mismo, cuya lista se publica el último día de cada mes.
 En SANTIAGO DE CUBA, D. Juan Perez Dubrull.
 MANILA, D. Francisco de Marañón.
 VALPARAISO, D. Nicolo Izquierdo.
 PARIS, en la Librería Española de M. O. Donat Schmitz, rue Favart, núm. 8.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono á LA ESPERANZA concluye en fin de este mes, se servirán renovarlo antes de entrar setiembre, para prevenir todo retraso en el recibo del periódico.

Afirmaciones Carlistas.

Preciso es reconocer que todavía existen personas que consideran como una gran calamidad para la patria el triunfo de la comunión carlista. Preciso es reconocer que las calumnias preparadas con estudio, y propaladas con insistencia respecto á nosotros por nuestros implacables enemigos, han ido infiltrando poco á poco en el ánimo de ciertas gentes. Mucho se ha hecho para contrarrestar esa propaganda de mala fe; muchas preocupaciones se han desvanecido, muchos errores se han rectificado, y ya es reducido el círculo de los que creen que somos fanáticos y tiránicos, y que, desconociendo por completo el siglo en que vivimos y las necesidades de la época que atravesamos, constituiríamos un gobierno dentro del cual no habría mas ley que el capricho del Rey, á quien se pinta con los mas negros colores.

Es claro que prácticamente demostraremos lo contrario, y que nuestros primeros actos en el poder darán el mas solemne mentís á los que con deliberación, no teniendo armas de buena ley que esgrimir contra nosotros, echan mano de las verdades; y no es menos cierto que á sin-cerarnos han contribuido no poco los actos de nuestros enemigos, de cuya boca salen desautorizadas todas las acusaciones; pero mientras exista una sola persona que nos juzgue en el fuero interno incompatibles de todo punto con el siglo, y dotados de las perversas cualidades que se nos atribuyen por algunos, nuestra obligación es, aun á riesgo de parecer nosotros, repetir uno y otro día quiénes somos, de dónde venimos y á donde vamos.

Somos, como verdaderos españoles, católicos; y como en materias religiosas no tenemos otro criterio que el de la Iglesia nuestra Madre, estamos tan lejos de la superstición y del fanatismo como de la indiferencia y de la impiedad. La superstición es un extravío del sentimiento religioso, y el fanatismo una exageración; y como la Iglesia ni se extravía ni exagera, de ahí que no corramos el mas leve riesgo de incurrir en la superstición y en el fanatismo, peligro del que no pueden huir, aunque quieran, los que se llaman *espíritus fuertes*, y los católicos hasta cierto punto.

Amamos y defendemos la monarquía hereditaria, no porque creamos que los pueblos son patrimonio de los Reyes, sino porque entendemos que la inestabilidad del poder supremo, esto es, la carencia de leyes fijas que regulen la sucesión á la Corona, abre la puerta á ambiciones insensatas, cuya lucha debilita á las naciones, engendra el regicidio, como en Roma, ó concluye con la independencia, como en Polonia. Amamos y defendemos el principio de la legitimidad, que, evitando los males que hemos apuntado, une los Reyes con los pueblos, haciendo de aquellos los padres, no los tutores ni administradores de estos.

Queremos un poder fuerte; queremos que el Rey reine y gobierne, no caprichosamente, sino oyendo á los celosos procuradores de la nación y á los altos cuerpos del Estado, respetando las leyes seculares, y sirviéndose de la fuerza para evitar las opresiones de arriba y asegurar al débil. Rechazamos el sistema parlamentario, que jamás ha sido libertad, y aceptamos el sistema verdaderamente representativo ó participativo.

Queremos una prensa que ilustre, que dulcifique las costumbres, que moralice y que denuncie abusos; no una prensa que los encubra, que pervierta, que apasione y que embrutezca.

Respetaremos y protegeremos las asociaciones que tengan por objeto instruir y moralizar, y tal vez consigamos reducir el presupuesto destinado á la enseñanza á medida que, merced á la iniciativa individual, aumente el número de escuelas é institutos privados de donde salgan los hijos del pueblo con aptitud para escalar los primeros puestos de la nación.

Perseguiremos el crimen donde quiera que se cometa, y al criminal donde quiera que se escondá, y sea cual sea el pretexto que invoque ó la causa que alegue para justificarse, y los españoles todos podrán dormir tranquilos y pasear libremente por las calles, siempre que no faltará á las leyes en lo sucesivo.

Redactaremos y promulgaremos una nueva ley de empleados, y los destinos públicos se proveerán atendiendo únicamente á la aptitud, á los años de servicio y á la moralidad.

Y asentando sobre incommovibles bases el orden social, armonizando todos los intereses legítimos, y satisfaciendo todas las verdaderas necesidades, se creará una fuerte y unánime opinión pública, contra la cual se estrellarán las maquinaciones de las gentes mal avenidas, y los planes de conspiración no llegarán á convertirse en hechos sino rarísimas veces; y en ese caso la ley caerá inexorable sobre los culpables en primer grado, no sobre los instrumentos, como hemos visto se hacia en épocas recientes: el 22 de junio de 1866, por ejemplo.

Así la industria, el comercio y la agricultura florecerán, aumentándose la riqueza imponible, y el hombre laborioso no tendrá el menor temor de ver deshecho en un solo día el fruto del trabajo de muchos años.

¿Qué garantías, se nos dirá, dais de que tales son vuestros propósitos? Realmente no tenemos necesidad de contestar á la anterior pregunta sino con la siguiente: ¿y quiénes sois vosotros para ofendernos pidiéndonos garantías, vosotros, que á tantas promesas habeis faltado? Pero, atentos solo á convencer á los que de buena fe todavía se hacen eco de las calumnias de nuestros enemigos, contestaremos abriendo la historia contemporánea: «Regístradla, y ved cómo se condujeron nuestros padres en la emigración y durante la guerra. Los partidos que, como el carlista, han sido modelos de consecuencia y lealtad; los partidos que, como el carlista, han preferido la miseria á la deshonra, tienen derecho á ser creidos bajo su palabra, así como vosotros carecéis del de atribuirnos propósitos que no hemos abrigado, y declaraciones que no hemos hecho jamás.

ENSEÑANZAS.

¿Qué de cosas singulares estamos presenciando! ¿Qué de preciosas enseñanzas nos están trayendo los acontecimientos!

En Francia, antes de los primeros tiros y de las primeras batallas, se cantaba á grito pelado, y de un extremo al otro del imperio, el gran canto del liberalismo, la *sublime Marsellesa*, mientras los prusianos oraban y ayunaban; y, sin embargo, todos los apasionados españoles de la *Marsellesa*, enemigos jurados tambien de orar y ayunar, estaban por los prusianos contra los franceses.

Aun hay mas. Cuando en el imperio la *Marsellesa* estaba proscrita, hasta el punto de que se castigaba el tararearla entre dientes, el imperio lograba victoria sobre victoria, y no encontraba obstáculos á su voluntad en Europa; en cambio, apenas concede libre circulación por las gargantas al canto *sublime* de triunfo, el imperio solo ha sufrido derrotas, y derrotas tales, que puede dársele por muerto.

Y eso no es todo. La inmensa mayoría de la prensa francesa, al empezar la guerra, no se cansaba de repetir chistes volterrianos, burlándose de las rogativas que se ordenaban en Francia y en Prusia, sin caer en el doble contrasentido de citar á Voltaire á propósito de los prusianos; pero hé aquí que empiezan los desastres, y la inmensa mayoría de esa prensa cambia de lenguaje, hasta tal punto, que ayer hemos leído en *La Liberté*, en el diario de Girardin, un artículo en el que se habla del Dios de la Francia, de las antiguas creencias, y del cambio que se observa en París, donde las rameras han dejado el puesto á las Hermanas de la Caridad y á las señoras católicas; donde ya las fondas y los teatros de los boulevares están desiertos, y la Catedral y Nuestra Señora de las Victorias constantemente ocupadas por un pueblo inmenso.

Ahora bien: deben añadirse estos hechos á la suma de los que ya nos ha traído la guerra, para que al primer golpe de vista se aperciba su trascendencia incalculable.

Tenemos que cuando la gente revolucionaria afirmaba en todos los tonos que las guerras son ya imposibles, que va á establecerse la fraternidad universal; cuando los Congresos nacionales é internacionales declararon que no se puede verter la sangre del hombre, y que el adelanto de los pueblos ha llenado los corazones de ternísimos sentimientos, están las guerras mas horribles, y que dejan atras á las mismas luchas paganas, y todo un pueblo de 40.000.000 de almas pide con feroces exclamaciones que toda la tierra se empape con sangre enemiga; que esto es, en suma, toda la *Marsellesa*.

Tenemos tambien que el parlamentarismo, última espresion de la sabiduría política, forma definitiva de gobierno en todos los pueblos ilustrados, por la cual se salvan los Tronos, y se consolidan las dinastías, y se asegura la tranquilidad, y se aumenta en proporciones desconocidas el bienestar de los pueblos, concluyen-

do con todos los males que se creían inherentes al linaje humano desde su caída, lo primero que hacen es impedir que haya gobierno ninguno, derribar Tronos y espulsar dinastías; traer toda clase de calamidades desconocidas sobre los pueblos, cancelando las antiguas y necesarias, y produciendo, por último, una desolación espantosa, á la que solo escapan las sociedades volviendo á los antiguos principios.

La enseñanza es completa; como que las lecciones son diarias; como que cada momento, en cuanto sucede en Europa y vemos entre nosotros, nos inspira la convicción de que solo los antiguos principios nos pueden salvar.

Pero ¿qué son los antiguos principios? ¿Son, por ventura, las antiguas formas, los accidentes todos de la vida social en los pueblos de Europa? ¿Se habria salvado Europa y se salvaria España porque todo en las formas y en los accidentes volviere al estado en que estaban hace dos siglos Europa y España? Jamás hemos dicho nosotros semejante cosa, porque jamás hemos creído que en eso estuviera la salvación, ni siquiera que eso fuese posible.

Volver á los antiguos principios es pura y simplemente volver á la antigua fe, renovar el espíritu católico, y dejar que la fe y el espíritu realicen en los actuales y venideros tiempos las maravillas y los milagros que realizaron en los pasados. Acébase con la duda y con la negación; reine Jesucristo en la tierra, y sea para todos la Víctima sacrosanta ofrecida por nuestros crímenes al Dios verdadero, y en todos los hombres reinará la buena voluntad, y con ella la paz; y Reyes y magistrados, mandatarios de Dios para el bien, respetarán la vida y protegerán la libertad de los pueblos, á quienes quedan las grandes empresas de dar á la Cruz los inmensos países del extremo Oriente, de la Nueva-Australia y del Africa bárbara. ¿Cómo se explica la maravilla, el milagro de la conservación de la comunión carlista, que ha resistido el embate revolucionario, que tanto ha derribado y que ha cambiado el modo de ser de tantos pueblos? Se explica porque la comunión carlista jamás ha perdido la fe, y siempre ha estado animada del mismo espíritu católico. El carlista de hoy es el mismo carlista de 1833, y el carlista de 1833 es el verdadero carlista, y, sin embargo, lo que los carlistas hubieran hecho en 1833 en cuanto á los accidentes de la vida nacional, acaso no lo hagan en 1870, año que visiblemente trae su triunfo, y con él la salvación de la patria. En Francia, en esa Francia impía, atea, ó por lo menos olvidada de Dios y entregada ya casi sin remordimiento á los mas viles instintos, se siente el castigo de Dios, y á los primeros golpes de su justicia misericordiosa los ojos y los corazones se levantan al cielo; gracias á los carlistas, España no ha ofrecido el asqueroso general espectáculo del *anibalismo* imperante; pero se ha hecho reo de grandes crímenes: ha sufrido y está sufriendo grandes males; y para que pueda salvarse por los mismos hombres que le han impedido perderse, es decir, por los carlistas, se le dan estas grandes enseñanzas hoy.

A «EL ECO DE ESPAÑA.»

No hemos sentido hipótesis ni deducido consecuencias al placer, como ligera é injustamente asegura *El Eco de España*, cuando censurábamos hace pocos días la conducta de ciertos moderados por la evolución á que entonces nos referíamos. Hemos apreciado un hecho que está plenamente justificado, no por inducciones políticas, sino por pruebas que jurídicamente no podrían ser recusadas. Hé aquí el proceso.

El *Diario de Barcelona* dió la noticia, y en corroboración dijo que en las columnas de *El Tiempo* se reflejaría muy en breve, esa nueva actitud del partido moderado. Nuestros datos particulares estaban enteramente conformes con la aseveración del muy acreditado y bien informado periódico catalán; pero no valga nada de esto. Se presenta *El Tiempo* en la nueva actitud anunciada, y entonces sale *La Época* diciendo:

«Es notable, muy notable, la actitud en que parece decidido á colocarse *El Tiempo*, y en la que viene perseverando hace días, sin que hayan surgido contra el ilustrado escritor que firma con tres estrellas sus artículos las reprobaciones, las escumosas lanzadas contra el no menos ilustrado Sr. Lopez Martinez: el suceso es importante, y nosotros le consignamos con particular satisfacción.»

Pero *La Época*, que es el gran maestro en las evoluciones, que las hace con admirable gallardía, que siempre sabe queda bien y no pierde ripio, viendo que el colega descubría demasiado la oreja y que se le habia corrido la pluma al tratar de la benevolencia de los ele-

mentos conservadores con la revolucion, como se le habia ido mas allá la lengua al hablar de los abusos de la situación pasada, dice con esa habilidad que le distingue:

«Muy pocos en verdad eran estos elementos, si se exceptúan los arrastrados á tomar una parte activa, porque todos comprendían que si habia abusos, no era quebrantando todos los principios sociales, ni destruyendo por completo la dinastía, ni dando aliento á los partidos mas radicales, como se habia de organizar una situación que, despojada de los abusos condenados, no lastimara los intereses conservadores del país.»

La Iberia ya se sabe cómo acogió las declaraciones y sumisión del periódico moderado, imponiéndole, por su parte, condiciones. Dando despues de la sinceridad del arrepentimiento, le dijo que no sabia dónde estaba, que era preciso definiere mejor su actitud; y como si el dudar de un moderado fuese una acción pecaminosa, *El Tiempo* le contesta anoche con un insulto.

Pero falta aun que exhibamos el cuerpo del delito. Por no inspirar horror, no ofreceremos á los ojos de nuestros lectores el cadáver lacerado del moderantismo, ni la calumnia levantada á los elementos conservadores. Del párrafo que hemos transcrito de *La Época* se deduce lo bastante. Las siguientes líneas de *El Tiempo* nos descorren completamente el velo.

«Si se hubiera cumplido el programa de CÁDIZ, dice, tiempo hace que hubiéramos visto desaparecer los peligros que amenazan á la sociedad, y la justicia y el orden hubieran recobrado ya su imperio. Lejos de suceder así, hemos notado con profunda pena desarrollarse los antiguos vicios económico-administrativos, tomar incremento la inmoralidad política, entronizarse el nepotismo, y dominar la injusticia.»

«Conque el programa de CÁDIZ podia producir tan grandes bienes? Conque ese programa que, segun la interpretación auténtica de los generales Serrano, Prim y Topete reiteradas veces ante la nación y las Cortes, se resumia en el grito de: ¡ABAJA LOS BORBONES! ¡ABAJA LA DINASTÍA REINANTE! era un programa santo, justo, que acabaría con los antiguos vicios y la inmoralidad política, y hubiera dado á nuestra patria el imperio de la justicia y del orden? Conque la revolucion de setiembre, en que se hundieron para siempre el Trono de vuestra Reina, su dinastía y el Código fundamental que habiais dado al país, es una revolucion que estaba en la conciencia de todos, y digna, por tanto, de la mas grande apoteosis? Respondecidnos, moderados, de la sangre vertida en Santander, Béjar y Alcolea! ¿Es esa la recompensa, el premio que tenais reservado para el infortunado marques de Novaliches y los bizarras soldados que defendieron entonces vuestra causa? ¿Es esa la contestación que dais á la protesta de vuestra Reina cuando pisó el suelo francés, á sus quejas, á sus lágrimas, á las palabras que salieron de su desgarrado corazón en aquellos momentos supremos de angustia y de dolor que no pueden describirse? No los juzgueis, monárquicos tradicionalistas, monárquicos constitucionales, monárquicos demócratas; en vosotros puede haber algo de pasión. Juzgadlos, republicanos.

Hé aquí el proceso. Este justifica nuestros asertos, nuestros calificativos. Podíamos haber inculcado á todo el partido moderado, porque, como se ve, el hecho no aparece con la menor limitación; el fenómeno tiene todos los caracteres de general. Hemos llevado, sin embargo, tan allá nuestra hidalguía, que nos hemos impuesto varias reservas, salvando así toda personalidad.

Por falta de espacio no entramos en otras consideraciones. A pesar de ello, reproduciremos algunos párrafos de *El Eco de España*, que no dejan de ser significativos.

Hablando de los tres partidos principales á que pueden reducirse todos los demas, el tradicionalista, moderado-conservador y liberal, dice:

«Pues mientras exista la sociedad es indudable que dichos partidos han de exhibir sus doctrinas y sus aspiraciones, y es insigne insensatez creer que esos partidos se cambian ó se extinguen porque una, dos ó tres personas, por importantes que sean, ó una agrupación cualquiera, se pase de un campo á otro.

«A la manera que las aguas de un río no cesan de correr, cualquiera que sea su abundancia ó escasez, y del propio modo que una generación sucede á otra generación, así los partidos que están formados de toda la clase de hombres, ancianos unos, tibios creyentes otros, y tambien de apóstatas, se rejuvenecen constantemente con la savia permanente que se introduce en las masas de hombres honrados, creyentes y leales.

«Estos tres partidos subsisten con todas las formas de gobierno, y á pesar de ellos.
 «De estos tres partidos pueden desgajarse fracciones mas ó menos numerosas, mas ó menos importantes, representando bastantísimas ambiciones ó

miserales pérdidas: está la humanidad exenta de ellas? Pero esas fracciones nunca serán mas que ramas separadas de aquellos grandes y seguros árboles, á los que tarde ó temprano vuelven á adherirse como único medio de obtener el jugo que necesitan para exhibir, una existencia propia de que en otro caso carecen.»

Aquí nada nos ocurre mas que lo que dijo anoche *La Política*, reproduciendo los anteriores párrafos:

«Parécenos que la andanada va contra los evolucionistas de Bayona y su órgano *El Tiempo*, que no habria hecho sus ya famosas declaraciones si no tuviera alguien detras.»

Efectivamente: lo mismo nos parece á nosotros. Hasta la vista, señores moderados.

CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

HENDAYA 26.

Despues de muchos dias de silencio muy justificado, porque no sé lo que habria podido decir entre los telegramas prusianos que se reciben ahí y las noticias francesas que aquí conocemos, voy á señalar un hecho, por de mas anómalo, pero que deja conocer admirablemente lo que son los principios modernos, y el mas capital de todos, el sufragio universal.

Pero antes permitanme Vds. darles, por lo que valga con su referencia y todo, la noticia que circula en este pueblecillo desde las primeras horas de esta madrugada.

Un M. Boger, conductor del tren de Bayona á Irun, ha dicho que anoche se recibió en Bayona un despacho, que él ha leído esta mañana, en el cual Bazaine dice que tomó la ofensiva, y que, rechazando á los prusianos hacia la parte de Metz, hizo saltar las esclusas del Mosela, anegando miles y miles de enemigos, y haciendo igual número de prisioneros.

Como varios periódicos de París dijeron hace mas de ocho dias que Bazaine habia declarado que acabaria (*qu'il anantirait*) con el ejército prusiano, la noticia puede ser cierta y responder á las palabras de Bazaine, como puede ser supuesta, por el excesivo crédito que se haya dado á esas palabras. De todos modos, yo muy luego, y Vds. para cuando reciban esta carta, habremos salido de dudas acerca de este hecho, que, si se confirma, tendrá una inmensa trascendencia.

Voy ahora á la cuestion de principios. «El imperio, dicen Vds. ahí, está muerto;» y, en efecto, en esa idea estamos todos y los mismos periódicos de París mas decididos por él.

Sobre esto yo no discuto, será lo que sea; pero ¿quieren decirnos los liberales de todos los colores qué significan para ellos sus principios, y muy especialmente aquel en el cual descansan y por el cual se afirman todos los otros? Los carlistas pueden, sin inconsecuencia ninguna, antes bien y en estricta lógica con toda justicia, desear y aplaudir la caída del imperio, que es para ellos uno de tantos hechos consumados; en cuanto á los liberales, la cuestión es completamente distinta: al desear la caída del imperio, reniegan de sus principios; y al trabajar por ella, los violan abiertamente.

No hace todavía cuatro meses que el pueblo francés, libremente consultado, dió al imperio y al Emperador siete millones de votos, tantos como los que representa en su totalidad el Cuerpo legislativo. ¿Ha habido desde entonces alguna otra manifestación legal de lo que se llame la soberanía del pueblo contraria al imperio? ¿Y quién, ni orleanista ni republicano, que admiten igualmente el principio de la soberanía nacional, puede sobreponerse, sin consultarla siquiera, á esa voluntad soberana? Todo el Cuerpo legislativo, votando unánime la caída del Emperador, no tendria derecho ninguno á llevar adelante su resolución sin consultar de nuevo al pueblo, y sin que otro plebiscito deshiciera lo hecho por el de 1852, y confirmara por el de mayo último.

Resulta, pues, que ya hoy, caiga ó no el imperio, aparecen todos los liberales convictos de supeditar á su pasión sus principios, en el hecho puro y simple de desear la caída del imperio por un golpe revolucionario en las calles ó en el Cuerpo legislativo de París.

Los revolucionarios faltan á todos sus principios, y sin cuidarse para nada de salvar á la patria, atienden solo á derribar el imperio; los legitimistas, por el contrario, no se acuerdan del imperio, aunque pudieran lógica y legítimamente trabajar contra él, y pensando solo en la salvación de la patria, le dan todos sus hijos y todos sus recursos, aunque al salvar á la patria salven tambien al imperio. Esta es otra enseñanza mas para el mundo.

verdadero. — El morisco Faqaine. — Entró á servir en el ejército francés como soldado voluntario en 1841. Pasó á la Argelia, donde adquirió el empleo de capitán en 1842. El 1 de subterfugio en 1844, y de teniente en 1845. En este año pasó á servir en la legión francesa que combatía en España contra los carlistas. Aquí ganó el empleo de capitán. Volvió á África en 1849, y en 1840 obtuvo el mando de una compañía de cazadores de Orleans, cuyos batallones eran de reciente creación. Estuvo en la expedición de Millanah, en la de Kabylia y en la de Marruecos. En 1844 era jefe de batallón.

Al terminarse la campaña dirigió las oficinas de la casa de comercio de Tlemcen, provincia de Orán. En 1848 ascendió á teniente coronel. En 1850 era coronel y mandaba el 5.º de línea; poco después obtuvo el mando de la legión extranjera, y con ella fue á la guerra de Crimea. Allí ascendió hasta general de división; dirigió y se señaló en la expedición de Kinburn; y después de la toma de Sebastopol fue nombrado gobernador de la plaza.

En la guerra de Italia mandó una división del primer cuerpo. En el combate de Melegnano se distinguió mucho; en Solferino, su división se apoderó del cementerio. Cuando se envió la expedición á Méjico obtuvo el mando del primer cuerpo, y luego sucedió al mariscal Forey en el mando en jefe del ejército. Mucho se distinguió en el sitio de Puebla. El 12 de julio de 1869 entraba triunfante en la capital. Allí permaneció tres años luchando contra las guerrillas de Juárez, hasta que por orden del gobierno francés dejó con sus tropas aquel país. La expedición de Méjico le valió el bastón de mariscal, el cordón de la gran cruz de la Legión de Honor, y su entrada por derecho propio en el Senado.

A su regreso á Francia tomó el mando del tercer cuerpo de ejército, cuyo cuartel general está en Nancy, y en 1869 el de la Guardia imperial. El mariscal Bazaine es el más joven de los mariscales franceses. En treinta y ocho años de servicio tiene ciento cinco con abonos: cuenta setenta campañas de guerra.

Al comenzar la guerra actual, mandaba el tercer cuerpo del ejército del Rhin, y después ha sido nombrado general en jefe de los cuerpos segundo, tercero y quinto reunidos en Metz.

El Rdo. P. Provincial de los carmelitas descalzos ha dirigido al ministro de la Guerra francés la siguiente carta: «Escuciendo: El Rdo. P. Basilio del Santo Nombre de María, Provincial de los carmelitas descalzos de la provincia de Aquitania, abajo firmado, tiene el honor de poner á disposición de V. E. los cinco conventos de Burdeos, Apen, Bagnères-de-Bigorre, Pamiers y Carcasona, para recoger y cuidar al mejor modo posible á nuestros soldados enfermos ó heridos. Réstame para él y sus religiosos la gloria de servirles y cuidarles en cada una de dichas casas en calidad de enfermeros.

«De V. E. humilde servidor.—Fr. Basilio del Santo Nombre de María.—Convento de Bagnères-de-Bigorre, 20 de agosto.» El ministro americano en París ha recibido del gobierno prusiano la suma de 50,000 thalers, (80,000 duros) para socorrer á las familias alemanas pobres que tengan que emigrar. También se han comunicado instrucciones con el mismo objeto al ministro wurttembergués en Berna y al cónsul de la misma nación en Ginebra.

Una carta de Verdun, de origen francés, dice lo siguiente: «Esta es una de las ciudades más olvidadas en el ministerio del Interior. Una gran batalla, se dice, ha tenido lugar el martes á 40 kilómetros de aquí, y hasta el día 17 á las tres de la tarde no he recibido yo esta noticia, y soy uno de los primeros que de ello se han enterado. Me hallaba en la plaza de la Revolución, que domina las cercanías; miraba con mi anteojos á todas partes, por ver si divisaba cerca de lejos algún soldado, hasta que un joven se acercó á mí. Reconociéndole al momento; le había visto en Gravelotte, y he aquí lo que me refirió:

«El 17 á medio día comenzó el ataque por el segundo cuerpo del general Frossard; sexto de Carabert, tercero, que mandaba antes Bazaine; y la Guardia, á las órdenes del general Bourbaki: en un punto 140,000 hombres. «Los atacaron los prusianos, y realmente no podía hacer otra cosa. El primer herido que pasó delante de mí fue el bravo general Bataille, con un balazo mortal de necesidad en la ingle. Perdió el alcuero Frossard, que en esta gloriosa jornada espació lo ocurrido en Forbach. Dijo también que Bazaine estaba herido; pero imposible parecía que haya salvado su vida teniendo en cuenta su temeridad.

«La batalla continuaba después de seis horas mortales hasta que llegó Mac-Mahon y decidió la victoria. Los prusianos, en número de 250,000, según se asegura; fueron al parecer derrotados; su línea quedó cortada en diversas direcciones, y á media noche se oía aun el ruido de cañon. «Todos los puentes del Mosela habían sido destruidos, y por este lado era imposible la retirada: las Cabanas debió dirigirse una gran porción de prusianos. Por la noche recibí orden de salir precipitadamente en aquella dirección el regimiento cazadores de Africa, que manda el marqués de Galliffet, y acompañaba cerca de Verdun. Los prusianos que las tropas que los prusianos temen más. «Que el número de soldados alemanes citados arriba es muy exagerado, tanto más cuanto se por otro conducto se fija en 70,000 el de combatientes de ambas partes.

«La noticia corrió rápidamente por la ciudad, y el interés por lo que se decía era grande, porque los verdunenses son muy desconfiados. Conduciendo á la intendencia, permaneció allí hasta que llegó un espía confirmando la batalla. «Y mientras tanto, cómo se explica la huida del Emperador por el Norte. Por Confians, en cuyo punto estaba el día del combate á las seis de la mañana? Hacia des horas que abandonaba el estremo del campo de batalla de Gravelotte, situado á 20 kilómetros cuando mas de Rezonville, centro de la acción. Después llegó á Verdun y se marchó en tren de tercera clase y precipitadamente á Châlons. ¿Temía el resultado de una acción cuya inmediata consecuencia podría ser la venida del enemigo á Verdun? ¿Es, por el contrario, que el mariscal Bazaine quiso desembarazarse del gran Napoleón, y su embazazosa consistía en ejecutar su plan de campaña? No despareció el páncro entre los personajes de la corte, tanto que á mí me aconsejaron abandonarla á Confians y que no asistiera á una batalla muy seria y muy tenida que ellos anunciaban. Me vuelvo, sin embargo, al campo de batalla, desde donde daré mas noticias, si no tengo algún mal encuentro, porque los ruines prusianos, diseminados en bandas, representan las inmediaciones.

«Un periódico francés, La Patrie, aboga por la creación de guerrillas en la capital de Francia para hacer la guerra á imitación de nuestras guerrillas durante la guerra de la Independencia, y con tal motivo escribe: «Por qué no había de tener la capital guerrilleros á caballo como los que durante las guerras del primer imperio contra España, mandaban Mina y el famoso cura Merino? «Estas partidas á caballo, infatigables exploradores, nos hicieron un mal incalculable. ¿Por qué no hemos de imitar á España, que con tanto heroísmo se batió contra nosotros desde 1808 al 1814? «El periódico en cuestión no ha tenido en cuenta que las partidas de guerrillas no nacen, no se forman en las capitales.

«Bajo el epígrafe de Incedido del campo de Châlons, el Figaro publica la siguiente carta: «El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«PRUNET 22 de agosto.

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar que los prusianos se establezcan en él, ó se ha quemado sencillamente los bosques y las pilas de paja y heno que haya sido imposible recoger, vista la rapidez de la marcha y la falta de carros de transporte. No podemos decirlo. Sin embargo, según las órdenes formales dadas en la víspera á los empleados del telégrafo y de varios establecimientos del Estado, para que levantasen su mobiliario en el mas breve término, so pena de esponerse á ser quemado, hay motivo para suponer que la destrucción del campo había sido acordada para el caso en que el ejército se viese en la necesidad de hacer un movimiento estratégico. «A seis kilómetros del campo el terreno desciende, y el camino atraviesa hasta Reims una esplanada enteramente llana. Ocultos por las colinas, no pudimos juzgar de las proporciones del incendio sino por las vivas claridades que iluminaban el cielo. «Como los carros de equipajes y víveres marchaban en dos filas, nos vimos obligados á pasar á través de los campos, dirigiéndonos hacia la aldea de Prunet, situada en el camino de Sillery. «Apenas nos instalamos en una posada, dos individuos delatoraron en el pueblo la llegada de dos espías prusianos. «Inmediatamente unos treinta paisanos, armados de garrotes y horquillas, vinieron á apostarse delante de la puerta de la posada, gritando que querían este muertero. «El peligro era inminente; pero no nos asustó, y determinamos rechazar la fuerza con la fuerza. Cargamos los revolvers, y esperamos. «Afortunadamente para nosotros y para los paisanos, el jefe de los bomberos, queriendo evitar un atentado, detuvo á los paisanos ante la puerta de la posada, prometiéndoles entregarnos á su furor si no éramos franceses. Este bombero era un hombre estremadamente cortés é inteligente. En cuanto vió nuestros papeles, se excusó de las violencias á que habíamos estado expuestos. Pero llegado á la puerta, necesité media hora de explicaciones en medio de los gritos de la muchedumbre, antes de convencerla de que no éramos espías prusianos. «Dejamos para después de la guerra hacer extrañas revelaciones sobre hechos que hemos tenido ocasión de estudiar de cerca.»

«El 21, á las seis de la tarde, volvía al campamento, dejando á mi derecha la aldea de Sulpes. El cielo estaba encapotado, y el viento soplabá con violencia, levantando columnas de polvo, que subían en torbellino á una inmensa altura, y volvían á caer después de haber recorrido algunas veces una distancia de dos ó tres kilómetros. «Después de haber atravesado el campo de batalla y recorrido ocho ó diez kilómetros de llanura, llegué á la parte del campo que se encuentra á la derecha de la vía romana. «Las tiendas estaban levantadas, estendiéndose hasta perderse de vista; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes. Era realmente lúgubre. Se hubiera dicho que era una de las ciudades antiguas, cuyos habitantes habían huido precipitadamente ante una invasión de bárbaros. «Las estatuas y monumentos elevados por los soldados estaban todos rotos; y el suelo se hallaba cubierto de despojos. En la precipitación de la marcha, y tal vez por aligerar el peso de sus sacos, los soldados habían abandonado una parte de sus ropas y calzado. En el suelo, junto á las tiendas, había millares de zapatos, camisas, blusas, cajas de cerato, etc. Por todas partes señales del abandono y la desolación. La emoción que sentí fue mas fuerte que mi voluntad, y no pude contener las lágrimas. «Al cabo de media hora de marcha llegué á la aldea de Mourmelon. No quedaban allí mas que un pequeño destacamento de tropa y algunos habitantes, que se apresuraban á embalar y cargar sus equipajes en carretas. En el correo y telégrafo habían sido quemados los papeles y registros inútiles. «Las tropas habían dejado el campo á las ocho de la mañana con una escolta de tres á cuatro mil carros de equipajes que llenaban el camino en una extensión de seis leguas. «Era casi de noche cuando yo salía del campo, yendo en la dirección del ejército. «En el estremo del campo, en el camino romano, se hallaba un escuadrón de coraceros. A la izquierda del camino se extendían los bosques de abetos muy claramente plantados. «De repente, hacia las ocho y media, y á dos kilómetros del campo, vimos desde un malecón que domina la llanura, brillar un resplandor rojo-rojo tras los bosques y elevarse hacia el cielo una inmensa llama. «Nuevas llamas brotaron bien pronto mas lejos, hacia la derecha, y el incendio tomó proporciones horribles. Parecía que todo el horizonte ardía en una extensión de muchas leguas. «Ha sido incendiado el campo para evitar

MERCADO DE MADRID.

Precio de los artículos al por mayor y por menor en el día de ayer.

POR ANTERA,		POR LIBRA,	
Posetas y cént.	Posetas y cént.	Posetas y cént.	Posetas y cént.
Carne de vaca...	12,50 á 14,00	De 0,54 á 0,65	
de cerdo...	00,45 á 00,09	65 á 0,09	
de ternera...	á 1,00 á 1,25		
de cordero...	á 0,90 á 1,00		
espejos de cerdo...	á 0,00 á 0,00		
Tocino añejo...	02,00 á 22,00	0,00 á 0,00	
franco...	á 0,00 á 0,00		
en canal...	á 0,00 á 0,00		
Lomo...	á 0,00 á 0,00		
Jamon...	22,50 á 28,00	1,25 á 1,50	
Pan de dos libras...	á 0,35 á 0,41		
Cañabanos...	10 á 15,00	0,30 á 0,70	
Judías...	5,00 á 6,50	0,20 á 0,35	
Arroz...	5 á 6,50	0,20 á 0,35	
Lentejas...	4,50 á 5,00	0,22 á 0,00	
Carbon vegetal...	1,25 á 1,50	á 0,00 á 0,00	
mineral...	1,12 á 1,50	á 0,00 á 0,00	
Cebada...	0,78 á 0,00	á 0,00 á 0,00	

Nota. En el vino y en el petróleo la C representa el cuartillo.

Precios de granos en el mercado de ayer.

Trigo, de 12,75 á 14,25 pesetas la fanega.
Cebada, de 5,50 á 5,75 id. id.

ESPECTÁCULOS.

TEATRO Y CIRCO DE MADRID. Hoy á las ocho y tres cuartos de la noche.—El gran ballet.—El baile mágico-fantástico mitológico, en tres cuadros, titulado *El espíritu del mar*. Mañana domingo habrá dos funciones.

CIRCO DE PRICE (Paseo de Recoletos). A las nueve de la noche.—Gran función, en la que el aplaudido artista español Sr. Enrique Diaz, trabajará en los tres trapecios.—Ejercicios acrobáticos y gimnásticos por los principales artistas de la compañía.—La pantomima nueva titulada *La fantasma de la montaña, ó las ruinas de un castillo en Saica*. Mañana domingo habrá dos funciones.

JARDIN DEL BUEN RETIRO. A las ocho y media de la noche.—Función de concierto, dirigida por M. Arban.—Entrada, 8 reales.

Editor responsable, D. NICOLÁS GARCÍA SIERRA.

MADRID, 1870.—Imprenta de LA ESPERANZA, á cargo de D. A. Perez Dubrull, Pez, 6, pral.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL ÚLTIMO SORTEO DE LA LOTERÍA.

PREMIO MAYOR.	NÚM.	POS.	PREMIO MAYOR.	NÚM.	POS.	PREMIO MAYOR.	NÚM.	POS.	PREMIO MAYOR.	NÚM.	POS.	PREMIO MAYOR.	NÚM.	POS.	PREMIO MAYOR.	NÚM.	POS.	PREMIO MAYOR.	NÚM.	POS.						
4044	1091	2098	3163	4101	5249	6412	7076	8794	9898	11258	12268	13977	14975	18186	17354	18462	19455	20556	21552	22554	23562	24402	25680	26927	28178	29357
1091	2170	3173	4117	5260	6419	7078	8796	9899	11258	12273	13977	14975	18186	17354	18462	19455	20556	21552	22554	23562	24402	25680	26927	28178	29357	
1153	2245	3248	4192	5335	6494	7153	8871	9974	11333	12343	14052	15050	18261	17429	18537	19530	20631	21627	22629	23631	24471	25750	27001	28252	29431	
1281	2398	3401	4345	5488	6647	7306	9024	10127	11486	12506	14215	15213	18424	17592	18700	19693	20794	21790	22792	23794	24634	25913	27164	28415	29594	
1329	2505	3508	4452	5595	6754	7413	9131	10234	11593	12613	14322	15320	18531	17699	18807	19800	20901	21897	22899	23901	24741	26020	27271	28522	29701	
1377	2612	3615	4559	5702	6861	7520	9238	10341	11700	12720	14429	15427	18638	17806	18914	19907	21008	22004	23006	24008	24848	26127	27378	28629	29808	
1425	2719	3722	4666	5809	6968	7627	9345	10448	11807	12827	14536	15534	18745	17913	19021	20014	21115	22111	23113	24115	24955	26234	27485	28736	29915	
1473	2826	3829	4773	5916	7075	7734	9452	10555	11914	12934	14643	15641	18852	18020	19128	20121	21222	22218	23220	24222	25062	26341	27592	28843	30022	
1521	2933	3936	4880	6023	7182	7841	9559	10662	12021	13041	14750	15748	18959	18127	19235	20228	21329	22325	23327	24329	25169	26448	27699	28950	30129	
1569	3040	4043	4987	6130	7289	7948	9666	10769	12128	13148	14857	15855	19066	18234	19342	20335	21436	22432	23434	24436	25276	26555	27806	29057	30236	
1617	3147	4150	5094	6237	7396	8055	9773	10876	12235	13255	14964	15962	19173	18341	19449	20442	21543	22539	23541	24543	25383	26662	27913	29164	30343	
1665	3254	4257	5201	6344	7503	8162	9880	10983	12342	13362	15071	16069	19280	18448	19556	20549	21650	22646	23648	24650	25490	26769	28020	29271	30450	
1713	3361	4364	5308	6451	7610	8269	9987	11090	12451	13471	15180	16178	19389	18557	19665	20658	21759	22755	23757	24759	25599	26878	28129	29380	30559	
1761	3468	4471	5415	6558	7717	8376	10094	11197	12562	13582	15291	16289	19500	18668	19776	20769	21870	22866	23868	24870	25710	26989	28240	29491	30670	
1809	3575	4578	5522	6665	7824	8483	10197	11299	12673	13693	15402	16400	19611	18779	19887	20880	21981	22977	23979	24981	25821	27100	28351	29602	30781	
1857	3682	4685	5629	6772	7931	8590	10299	11399	12788	13808	15511	16509	19722	18890	19998	20991	22092	23088	24090	25092	25932	27211	28462	29713	30892	
1905	3789	4792	5736	6879	8038	8697	10399	11499	12897	13917	15614	16612	19835	19003	20111	21104	22205	23201	24203	25205	26045	27324	28575	29826	31005	
1953	3896	4899	5843	6952	8111	8770	10499	11599	12996	14016	15719	16717	19946	19114	20222	21215	22316	23312	24314	25316	26156	27435	28686	29937	31116	
2001	3999	4999	5943	7061	8234	8893	10599	11699	13096	14116	15819	16817	20057	19225	20333	21326	22427	23423	24425	25427	26267	27546	28797	30048	31227	
2049	4102	5102	6046	7155	8338	9000	10699	11799	13196	14216	15919	16917	20168	19336	20444	21437	22538	23534	24536	25538	26378	27657	28908	30159	31338	
2097	4205	5205	6149	7258	8441	9103	10799	11899	13296	14316	16019	17017	20279	19447	20555	21548	22649	23645	24647	25649	26489	27768	29019	30270	31449	
2145	4308	5308	6252	7361	8544	9206	10899	11999	13396	14416	16119	17117	20390	19558	20666	21659	22760	23756	24758	25760	26600	27879	29130	30381	31560	
2193	4411	5411	6355	7464	8647	9309	10999	12099	13496	14516	16219	17217	20501	19669	20777	21770	22871	23867	24869	25871	26711	27990	29241	30492	31671	
2241	4514	5514	6459	7568	8751	9413	11099	12199	13596	14616	16319	17317	20612	19780	20888	21881	22982	23978	24980	25982	26822	28101	29352	30603	31782	
2289	4617	5617	6562	7671	8854	9516	11199	12299	13696	14716	16419	17417	20723	19891	20999	21992	23093	24089	25091	26093	26933	28212	29463	30714	31893	
2337	4720	5720	6666	7775	8958	9620	11299	12399	13796	14816	16519	17517	20834	19999	21107	22100	23201	24197	25199	26201	27041	28320	29571	30822	32001	
2385	4823	5823	6769	7878	9061	9723	11399	12499	13896	14916	16619	17617	20945	20113	21221	22214	23315	24311	25313	26315	27155	28434	29685	30936	32115	
2433	4926	5926	6873	7982	9164	9826	11499	12599	13996	15016	16719	17717	21056	20224	21332	22325	23426	24422	25424	26426	27266	28545	29796	31047	32226	
2481	5029	6029	6976	8085	9288	9950	11599	12699	14096	15116	16819	17817	21167	20335	21443	22436	23537	24533	25535	26537	27377	28656	29907	31158	32337	
2529	5132	6132	7076	8185	9388	10050	11699	12799	14196	15216	16919	17917	21278	20446	21554	22547	23648	24644	25646	26648	27488	28767	30018	31269	32448	
2577	5235	6235	7179	8288	9491	10153	11799	12899	14296	15316	17019	18017	21389	20557	21665	22658	23759	24755	25757	26759	27599	28878	30129	31380	32559	
2625	5338	6338	7283	8392	9594	10256	11899	12999	14396	15416	17119	18117	21500	20668	21776	22769	23870	24866	25868	26870	27710	28989	30240	31491	32670	
2673	5441	6441	7387	8496	9697	10359	11999	13099	14496	15516	17219	18217	21611	20779	21887	22880	23981	24977	25979	26981	27821	29100	30351	31602	32781	
2721	5544	6544	7491	8600	9803	10462	12099	13199	14596	15616	17319	18317	21722	20890	21998	22991	24092	25088	26090	27092	27932	29211	30462	31713	32892	
2769	5647	6647	7596	8705	9908	10565	12199	13299	14696	15716	17419	18417	21833	21004	22112	23105	24206	25202	26204	27206	28046	29325	30576	31827	33006	
2817	5750	6750	7700	8809	10012	10668	12299	13399	14796	15816	17519	18517	21944	21115	22223	23216	24317	25313	26315	27317	28157	29436	30687	31938	33117	